

---

# UNOS DIAS DE SETIEMBRE EN LOS ANGELES

JULIO RODRIGUEZ PUERTOLAS

## UNOS DIAS DE SETIEMBRE EN LOS ANGELES

Aquí escribo (y callo),  
en este motel de California,  
junto a las palmeras y cerca del mar,  
ante una televisión silenciosa  
y entre coches de policía (*to protect and serve*) y canciones de amor latino,  
—rodar y rodar—,  
las colinas, las flores tropicales,  
el sol, el viento del desierto,  
las *freeways* y el *smog*:  
todo sigue igual:  
15 minutos para estacionar,  
*loading only*,  
se puede girar a la derecha ante un semáforo rojo,  
y yo  
espero en Santa Monica Blvd. un autobús azul *going East*.  
Mientras tanto  
puedo recordar que en mayo de 1975 las noches de Madrid eran  
moderadamente frescas (existen documentos gráficos que así lo indican),  
que he pasado algunos días de mi vida en las playas del Mar del Norte,  
también en las del Báltico  
y a orillas del río Elba  
(ya verás lo que vas a aprender  
cuando vivas conmigo).  
Pero, sin duda,  
*one drink too many*,  
y terminarás vomitando en el basurero de la Historia un sábado a las  
[5,30PM.

Después



disfrazados de nosotros mismos  
asistimos a los *parties* de Hollywood  
—recién muerto Elvis Prestley—  
mientras llevamos en el bolsillo de la camisa  
unas viejas señas de identidad,  
un fragmento de mapa,  
unos dólares arrugados,  
la tarjeta de crédito,  
alguna fotografía, incluso,  
y debajo del brazo algo me parece un libro:  
Libro, cuando te cierro  
abro la vida.  
Escucho entrecortados gritos  
en los puertos.

Es entonces cuando los aletazos del gran pájaro de la cordillera llevan  
una momentánea confusión a las gentes que ocupan la estancia  
(fue hermoso vivir contigo, compañera),  
se mencionan nombres de otros tiempos,  
de amigos que continúan ninguneándome sin piedad,  
pues  
es claro,  
las proverbiales pilas están secas.  
Es entonces  
también

cuando surgen los familiares fantasmas madrileños:  
*camminavamo per niente,*  
*per niente si faceva l'amore,*  
*laying down in the arms of someone,*  
*feeling the skin of somebody that you never could love,*  
arrebatos sin objeto  
(el que tenga un amor,  
que lo cuide, que lo cuide),  
Cataluña ya es autónoma de nuevo,  
mientras  
tú

comprendes una vez más que libertad es palabra sin sentido,  
y descubres  
que los terremotos pueden transmitirse por teléfono a las tres de la tarde.  
Hablas de la Edad Media con una negra de Los Angeles,  
conversas de arquitectura modernista con un refugiado del terror rojo,  
dialogas de fraternidad cósmica con un folklorista brasileño sin pasaporte,

hablas de eurocomunismo con un profesor de literatura,  
hablas de las delicias de la cocina española con una uruguaya recién  
divorciada,

hablas las bellezas de Italia con emigrantes napolitanos,  
te explica las dificultades de hacer cine político un judío progresista  
(Fidel, Fidel,  
quién tiene Fidel,  
quién los americanos no pueden con él),  
ellos la única frase rusa que conoces a una polaca de origen campesino:  
te hablan y no escuchas,  
hablas,  
intentas distinguir las voces de los ecos,  
fracasas en tan noble empresa,  
y te das cuenta,  
de pronto,

que las paredes comienzan a rezumar la característica melaza de tedio y  
angustia,  
que las botellas de tequila se acercan peligrosamente a su extinción:  
*take it easy, baby.*

Pero  
*who am I this time?:*  
*l'ultimo sbaglio,*  
*senza ragione,*  
*senza rancore.*

¿Será cierto, acaso, que estás ahora en el lugar de siempre,  
en la misma ciudad  
y entre la misma gente?

Mas no: el *Gipsy Wagon* ha desaparecido  
(a pesar de que las *mermaids* rubias continúan aquí, con su acento  
porteño),

ya no hay chinos que aprendan alemán,  
tampoco cursos de marxismo para principiantes:  
ni siquiera aquel Volkswagen azul existe más.  
*lo sono quá.*

Y entonces  
recuerdas  
la maleta que fue preparada con tanto amor,  
la ropa ciudadosamente doblada,  
la revista aquélla,  
el cepillo de dientes de color amarillo  
(junto a la estación lloraré igual que un niño),

la sonrisa de tu hija.

Sí,

las obsesiones viajan con facilidad de un continente a otro,  
los espectros se desplazan al mismo ritmo que tú  
—pues yo no tengo sepultada mi derrota—,  
y al día siguiente  
te despiertas en un lugar, desconocido,  
rodeado de remordimientos puritanos y de soledades culpables.  
Sin embargo,  
los límites existen

(canción mexicana, escuchada a las 8AM:

«Me ha quedado sola. Te pido que me ayudes a pasar la noche  
Aunque sé que eres su mejor amigo. Igual que él, voy a amarlo y  
ser feliz. Esta noche, con su mejor amigo»).

Mas la precariedad es habitual en buena parte de las relaciones humanas

Yo canto la diferencia  
que hay de lo cierto a lo falso.  
De lo contrario no canto.

Y tú también piensas en las últimas tardes,  
en la última mujer y en el próximo combate:  
después sabrás que hay gentes  
que tienen 680 libros en su biblioteca, los cuales jamás podrán leer.

J. R. P

## TIZIANA MANUEL M. AZAÑA

LLueve sobre Venecia.

Plantado en medio del Puente Scalzi, Julio ve pasar las aguas del Canal, con aire ausente. A su lado reposa una maleta en la que, para sus efectos personales, ha puesto algunos recuerdos que se llaman de la ciudad, comprados en las tiendas de las callejuelas situadas a las espaldas de la Piazza San Marcos. Pero sabe que no necesita de ellos para no olvidar Venecia, porque sus verdaderos recuerdos están ahí, flotando a él, navegando en las aguas del Canal, huyendo como sombras por San Marcos, San Zaccaria, San Angelo o San Zampolo. Los recuerdos de Julio tienen un nombre: Tiziana.

La lluvia arrecia y Julio tiene la impresión de que el agua, al caer, arroja un eco de cementerios vacíos, de mármoles suntuosos que se hunden poco a poco, indefectiblemente, como una nueva Atlántida, hacia profundidades infinitas.

—Tiziana, —murmura en voz baja y siente un escalofrío en su corazón.

Pese a estar empapado, no se decide a terminar de cruzar el puente que ha de conducirlo a la estación Santa Lucia, en donde deberá tomar el tren para retornar a Madrid.

Por encima del ruido de la lluvia escucha dar las doce de la noche en los inmutables moros en bronce de la torre del reloj, en la Plaza de San Marcos. Da un paso adelante y se apoya en el pretil del puente. Sus ojos buscan ávidos el oscuro canal, como si quisiera percibir en su fondo el alma de Venecia...

★ ★ ★

La lluvia la ha sorprendido atravesando el Puente Rialto. Después de tres días maravillosos de sol, Venecia quiere dejarle el recuerdo de su tristeza. Blanca se refugia en el arco central del puente a esperar que la lluvia escampe. Acodada en el pretil, contempla el espectáculo del canal